

## EL FIN DEL MUNDO por DDJ

Cómo odiaba a la maldita gente de aquel miserable pueblo. Siempre le habían hecho la vida imposible, desde el momento en que llegó. Murmuraban a su paso y le hacían sentir mal. No eran más que personas vulgares viviendo sus vulgares vidas. Hombres y mujeres sin educación reptando por las pequeñas y aburridas calles de aquel horrible lugar perdido en el mapa. Maldecía el día en que acabó allí. Una chica joven y guapa consumiéndose en un nido de polvo y aburrimiento. Perdiendo sus mejores años al servicio de una vieja decrepita y cruel. Así era su abuela Patricia. Una rica hacendada con aires de superioridad que siempre había pensado que estaba por encima de los demás. Una anciana perversa, seca y despiadada que le amargaba todos los días de su ya odiosa existencia.

Pero aquello iba a acabar. Pronto esa víbora estaría bajo tierra y ella heredaría toda su inmensa fortuna. Se quedaría con todo. Sonrió. Quedaba ya tan poco para cumplir sus sueños y salir para siempre de allí. Volvería a la ciudad y viviría a lo grande derrochando la pasta. Había tanta que se lo pasaría en grande. Aún no había cumplido los treinta y le esperaban unos años maravillosos con los que desquitarse de la eternidad vivida en medio de ninguna parte.

Nunca había comprendido por qué los habitantes del lugar la trataban tan mal. Podía comprender que aborrecieran a la vieja bruja, debido a las malas artes que ésta había empleado durante años con sus empleados en sus amplias tierras. Es decir, más de la mitad de la población. Pero ella no tenía la culpa. Sólo era una víctima más. Alguien obligado a vivir allí debido a la muerte prematura de sus padres. Una adolescente que se había convertido en mujer aguantando día y noche las exigencias, reproches y malos tratos de aquella arpía.

-Pronto, abuela- musitó- pronto me vas a pagar todos estos años.

La señora Smith entró junto a su preciosa hija en la tienda de comestibles del pueblucho. El calor era sofocante y no corría ni una pizca de aire. El verano estaba siendo ciertamente abrasador y más en aquella jornada de agosto. La tendera les dio la bienvenida con una amplia sonrisa.

-¡Buenas tardes!- dijo- ¿Cómo se encuentra hoy, señora Smith?

-Algo mejor pero sigo con un dolor de espalda muy fuerte. Y la cabeza me está matando.

-Tiene que tener más cuidado con dónde pisa la próxima vez.

-Sí. Ciertamente creo que será lo mejor- aseveró sonriendo.

-Bueno, ¿qué le pongo?

-Dame unas botellas de agua mineral.

Una balada country inundaba la atmósfera del local proveniente de la radio. Mónica, la hija de la señora Smith, empezó a mirar las estanterías de las revistas mientras su madre y la tendera seguían con su conversación y cotilleo de todos los días. Se disponía a echar un vistazo a una de música cuando un boletín de noticias interrumpió la canción que endulzaba el ambiente. La voz del locutor sonó muy nerviosa:

“Atención a todos los ciudadanos del país. Esto es muy importante. Repito, es de alto interés general.”

Las tres mujeres dirigieron su vista hacia el pequeño aparato de radio como si pudieran ver de esa manera qué estaba pasando. El mensaje continuaba en tono alarmante:

“Los científicos se hallan desconcertados ante lo que está sucediendo en la ciudad. Las autoridades aconsejan a la población no salir de sus casas esta noche y no acudir

mañana al trabajo. Si bien el problema, de momento, sólo se ha localizado en la capital, la policía no descarta que hechos similares puedan darse también en otros lugares.”

Angélica entró en la habitación de su abuela con una bandeja en las manos. Llevaba un plato caliente de sopa y un poco de jamón cocido más un par de rebanadas de pan. La vieja la observaba desde la cama con mirada furibunda.

-Ya era hora- gritó- pensaba que hoy no pensabas traerme la cena.

-Estaba calentando la sopa.

-No me pongas excusas. Seguro que estabas perdiendo el tiempo como de costumbre.

-Yo...

-¡Calla, estúpida! No me repliques. Aquí la única que habla soy yo, ¿está claro?

-Sí, abuela, claro.

La muchacha acomodó a la mujer incorporándola en el lecho para que pudiese cenar. Se sentó a su lado y removió el caldo con la cuchara.

-¿Con qué demonios has hecho esa porquería?

-Es de pollo- respondió Angélica-. Está muy sabrosa.

-¡Ya!- exclamó la vieja con sorna- Tú no has cocinado bien jamás. Bonita nieta me dejó el perdedor de tu padre.

La chica apretó los puños al oír aquellas mezquinas palabras. ¿Por qué era tan cruel con ella?

-La culpa de que seas así la tiene la zorra de tu madre. No era más que una prostituta cuando tu padre la conoció.

-¡No hables así!- rogó Angélica.

La anciana la abofeteó con ira derramando parte de la sopa sobre la cama. La chica se levantó de un golpe y salió corriendo del mal iluminado cuarto mientras las carcajadas de su abuela resonaban en toda la tétrica casa.

La tendera estaba a punto de cerrar cuando oyó cómo se abría la puerta. Se encontraba en la trastienda a punto de quitarse su bata de trabajo.

-Un momento- dijo- ahora mismo salgo.

Nadie contestó y le pareció oír una respiración agitada. Unos pasos como de pies arrastrándose. Se dirigió a las cortinas que daban acceso a la tienda. De pronto escuchó algo que la paralizó. Aquel sonido no podía ser humano. Parecía una especie de gruñido grotesco. ¿Podría haber entrado algún animal salvaje?

-¿Quién anda ahí?- preguntó todavía en el pequeño almacén.

Silencio sepulcral. Pero seguía oyendo la respiración, los pasos, los gruñidos. Tembló cuando las cortinas se agitaron. Algo saltó sobre ella con fiereza. Sintió las afiladas garras en su cuello y se agitó mirando a su atacante para descubrir que no estaba solo. La tenue luz de la única bombilla quedó silenciada tras ser destrozada de un manotazo. La oscuridad se cernió sobre la mujer. Y también la muerte.

Apuró totalmente el vaso de whisky y notó cómo le quemaba la garganta y se deslizaba con dulzura hacia su estómago. Tenía que hacerlo esa misma noche. Ya no podía aguantar más. Otra copa no le sentaría mal. Estaba decidida, la vieja no llegaría a la mañana siguiente. Pero ¿tendría el valor suficiente? ¿Sería capaz en el momento final? Sus labios se curvaron en una leve sonrisa. Por supuesto que podría hacerlo. Llevaba reuniendo el valor suficiente mucho tiempo y no iba a echarse atrás ahora. De pronto, sonó la asquerosa voz del vejstorio. La llamaba a gritos. La exigía. La humillaba. Un rayo iluminó el amplio salón brevemente y se escuchaba un trueno lejano cuando Angélica empezó a subir las escaleras hacia el dormitorio de su “querida” abuela.

Los señores Smith no daban crédito a lo que estaban viendo por televisión. Se resistían a creer que pudiera estar pasando algo así. Todos los canales hablaban de lo mismo y la pesadilla parecía invadirlo todo, ciudades enteras.

-Estoy asustada, Jeremías.

-Relájate, nena, seguro que las autoridades están a punto de controlarlo en estos momentos.

-Pero es horrible, toda esa gente...

-Sólo ha sucedido en las ciudades importantes, cariño- la tranquilizó el hombre-. No han hablado de ningún peligro en las zonas rurales. Deberíamos apagar la maldita tele.

-Aun así tengo miedo. Estoy intranquila. La situación parece muy grave. Hablan de un virus o algo así. Han comentado algo de una mutación de la rabia...

Jeremías apagó el televisor y se levantó del sofá bostezando. Parecía no importarle nada de lo que estaba ocurriendo.

-Creo que me voy al catre...

-¡¿Cómo puedes pensar en dormir?! ¿Es que no has oído...?

-¡Basta ya!- respondió sin dejar de abrir la boca y rascándose la prominente barriga cervecera.

La señora Smith se quedó sola en su raído sillón de su humilde salita frente al viejo televisor apagado. Sus pensamientos cruzaban a toda velocidad por su mente. Desde luego su marido no era más que un patán. Un asqueroso borracho que sólo se preocupaba por sí mismo. Todo le daba igual. El mundo podía acabarse esa misma noche pero él se iba tan tranquilamente a la cama. Además ella llevaba todo el día sintiéndose mal. Tenía náuseas y dolor de cabeza. Oyó cómo fuera se desataba una tormenta. Fue en ese justo momento cuando empezaron a escucharse gritos en las calles del pueblo...

Retiró la almohada de la cara de su abuela dejando al descubierto su rostro amoratado. La lengua asomaba entre los arrugados labios casi negra y un repulsivo hilillo de baba resbalaba desde su boca. No había puesto mucha resistencia. Estaba ya demasiado consumida para defenderse. ¡Cómo había disfrutado ese momento! Ver a la gran y orgullosa señora aterrorizada ante la certeza de la muerte. Oírla suplicar antes de acabar con ella había sido sublime. Estaba ya tan mayor que un infarto en plena noche no extrañaría para nada al estúpido e ignorante médico local. La lluvia empezó a golpear con fuerza las ventanas de la vieja y señorial casa mientras Angélica caminaba por el largo pasillo hacia su habitación. Estaba deseando descansar, dormir tranquilamente toda la noche sabiendo que lo peor había pasado ya. Sabiendo que a la mañana siguiente empezaría su nueva vida. Pensó en poner la radio mientras se dormía pero al final no lo hizo y decidió leer un poco.

Mónica, la hija de los Smith, se despertó sobresaltada. Las tinieblas invadían su cuarto llenándolo todo de sombras amenazadoras. El despertador marcaba la una de la madrugada. Sintió sed y se levantó para beber un poco de agua. Entró completamente a oscuras en la cocina y abrió el grifo. Notó la extraña humedad en las descalzas plantas de sus pies. Seguramente su padre habría tirado algo como de costumbre, pensó. Pulsó el interruptor de la luz y un grito de terror se heló en su garganta. Todo el suelo de la cocina estaba lleno de sangre. También había manchas en las paredes y en los armarios. ¿Qué estaba ocurriendo? La jovencita irrumpió en el dormitorio de sus padres sólo para descubrir que allí no había nadie aunque la cama estaba deshecha. Los llamó desesperadamente pero no obtuvo respuesta alguna. ¿Dónde estaban? Recordó las

perturbadoras noticias del día y corrió hacia el teléfono. Lo descolgó para marcar cuando escuchó un ruido en la puerta principal de la pequeña casa. El viento la estaba agitando y la lluvia se colaba en el porche. Sus padres debían de haberla dejado abierta cuando se fueron. Se acercó y se asomó al exterior. Llovía. Las estrechas calles estaban vacías aunque le pareció que algo se movía entre los árboles acechándola. Escuchó gritos lejanos. Cerró y volvió junto al teléfono para llamar a la policía pero nadie contestó. La llamada comunicaba una y otra vez. Los gritos se escuchaban ahora más cerca mezclados con el estrépito de la tormenta y unos extraños sonidos. Parecían animales. Perros rabiosos.

Definitivamente no iba a poder dormir aquella noche. Estaba demasiado nerviosa. Todo tenía que salir bien. Una vez que se certificara la muerte de la vieja, todo pasaría a sus manos. No había más familia. Sería rica, inmensamente rica. Un pensamiento cruzó como un rayo por su cabeza. La caja fuerte de la habitación de su abuela. Seguro que guardaba dinero y joyas allí. Y ella conocía la clave desde hacía ya algún tiempo. Ahora que su querida abuelita se había ido al infierno, podría saciar su curiosidad. ¡Sí! Por supuesto que lo haría...

Mónica bajó al sótano y se aseguró de cerrar bien la puerta. Estaba terriblemente asustada pero, a la vez, convencida de que tenía que esconderse. Ocultarse de los horrores que se estaban cerniendo esa noche sobre su tranquilo pueblo. Algo espantoso les había sucedido a sus padres y ella tenía que actuar con frialdad si quería seguir viva. Allí abajo estaba segura. Había cerrado todas las puertas y ventanas de la casa y apagado las luces. Antes de bajar había cogido agua, una linterna y una pequeña radio a pilas. La encendió a muy bajo volumen. Las noticias eran cada vez más terroríficas:

“La situación es ya tan desesperada que quizás tengamos que dejar de emitir en breve. La policía y el ejército se encuentran ya incapaces de contener los ataques de las personas enfermas. Se ha comprobado que la epidemia se transmite de humano a humano como puede hacerlo la gripe aunque también mediante picaduras de insectos. Se trata de una nueva variedad de la rabia que podría acabar con la...”

Silencio. La emisora había dejado de emitir. Mónica giró el dial pero no encontró nada. Ni una sola voz. Ni música. Se sintió la persona más sola del mundo. Aislada en lo más profundo de su casa donde ni siquiera casi llegaba el sonido de la tormenta.

Había mucho dinero allí dentro. Fajos y fajos que la vieja había amasado con los años. Angélica no pudo reprimir una carcajada de alegría al sentirse ya rica. Miró hacia el cadáver de su abuela y le lanzó un beso.

-¡Gracias!- exclamó en voz alta.

Introdujo con sumo cuidado todos los billetes en una bolsa de cuero negra con cremallera. Consultó su reloj de pulsera que marcaba casi las tres de la madrugada. No podía esperar más. Llamaría al médico del pueblo para que acudiera de una vez. Salió del cuarto y se acercó al amplio ventanal del pasillo para contemplar el exterior. Desde pequeña le habían encantado las tormentas. Le gustaba verlas desde el placentero y seguro interior del hogar. Era magnífico sentirse a salvo mientras la naturaleza descargaba toda su fuerza. Marcó en su móvil el número del doctor pero, tras esperar unos instantes, nadie contestó. Probó con el teléfono del salón pero tampoco hubo respuesta. Era muy extraño. Ese hombre siempre estaba dispuesto ante cualquier urgencia. Seguramente el mal tiempo habría estropeado las líneas. Tendría que esperar un poco y probar de nuevo más tarde. Se sentó en el sofá visiblemente contrariada justo en el momento en que sonaba el timbre de la puerta principal. Se sobresaltó. ¿Quién

podía ser a aquellas horas? Se acercó con cautela y encendió la luz del hall. Volvieron a llamar pero esta vez más insistentemente.

-¿Quién es...?- preguntó con voz temblorosa.

-Déjeme entrar, por favor, se lo suplico, necesito ayuda- contestó una voz masculina.

-¿Qué quiere?

El hombre golpeó la puerta con los puños. Parecía querer echarla abajo.

-¡Por el amor de Dios! Ya vienen, abra la puerta...

-Lo siento. Estoy sola en casa y no puedo ayudarle- respondió Angélica sin entender lo que estaba sucediendo.

Escuchó golpes al otro lado y sonidos extraños. Gruñidos. El hombre empezó a gritar desesperadamente. Parecía estar enfrentándose al mismísimo infierno. Pronto sus gritos se transformaron en alaridos. Y luego cesaron. Pararon por completo. Angélica aguzó el oído pero no pudo escuchar nada más. Esperó unos instantes interminables antes de asir la manilla con fuerza y abrir de par en par la puerta a la fría noche. La oscuridad se extendía por el amplio jardín y el viento azotaba los árboles. No vio a nadie. Volvió junto al teléfono y se sorprendió al comprobar que esta vez ni siquiera había línea. Decidió que lo mejor sería ir al pueblo en busca del médico. No podía soportar más estar esperando sin hacer nada y el nerviosismo empezaba a hacer mella en ella. Quería acabar cuanto antes. La noche estaba siendo terriblemente larga y además lo sucedido momentos antes la intranquilizaba lo suficiente como para no desear seguir sola en aquel enorme y viejo caserón. Subió a su cuarto y se vistió rápidamente con unos vaqueros y un jersey de cuello alto. Cogió las llaves de su coche y bajó de nuevo hacia el salón. La bolsa de cuero negra descansaba sobre el sofá. Ahora toda esa pasta ya era suya. Y toda la fortuna de la momia de arriba también. Se disponía a salir cuando la sobresaltaron unos fuertes ruidos en la cocina. Sonidos de cristales al caer. ¿Acaso el viento había roto una ventana? Pasos vacilantes y, de nuevo, esos extraños gruñidos. Había alguien dentro de la casa, Angélica estaba completamente segura. O quizás más de una persona. Podía oír sus respiraciones jadeantes mientras se acercaban por el pasillo. Vaciló y tropezó con una mesa pero consiguió mantener el equilibrio. Cogió la bolsa con el dinero y salió corriendo de la mansión. Consiguió llegar al coche y ponerlo en marcha. La luz de los faros los descubrió. Eran muchos y rodeaban el automóvil. Hombres y mujeres que parecían sacados de un escenario de pesadilla. Tenían los ojos casi en blanco y sus rostros eran amarillentos y presentaban sanguinolentas úlceras. Sus dientes estaban negros y escupían una burbujeante saliva mezclada con sangre. Sus miembros parecían atrofiados. Emitían aquellos desgarradores gruñidos mientras la miraban con una furia animal. Parecían estar rabiosos. Angélica aceleró llevándose por delante a varios de ellos. Pudo sentir cómo los neumáticos trituraban sus cuerpos pero siguió aumentando la velocidad. Corrían tras ella como una manada de lobos hambrientos, el pueblo estaba lleno de ellos. Lo mejor sería huir. Intentar llegar a la autopista. Los cadáveres se amontonaban a lo largo de las calles, algunos estaban siendo devorados. Angélica reconoció a varios habitantes del pueblo entre sus perseguidores y, también, entre los muertos. El horror la embargó de tal manera que perdió el control y estrelló el coche contra un robusto árbol. Intentó volver a ponerlo en marcha pero no lo consiguió. Miró por el retrovisor y los vio acercarse. Los tenía casi encima. Salió del vehículo con la bolsa de cuero en la mano y echó a correr sin dirección. El dinero pesaba demasiado pero no estaba dispuesta a dejarlo. Era suyo. Se lo había ganado. Bordeó con rapidez la esquina de un edificio tratando de ocultarse cuando una mujer apareció ante ella de repente. La miró con ojos inyectados en sangre mientras la atacaba con fiereza arañándole la cara. Angélica la empujó y corrió a lo largo de la estrecha calle notando un agudo dolor en el rostro. Aquella loca le había desgarrado la piel desde

la sien hasta la boca. Una pared le cerró el paso. Estaba en un callejón sin salida. Se había metido ella misma en la boca del lobo. Se giró con la espalda pegada al muro. Había decenas de ellos.

-¡No os acerquéis a mí! ¡Fuera!- chilló al borde de la locura.

El sonido de los truenos ya lejanos no pudieron silenciar los gritos de Angélica. La arrastraron con ellos. La bolsa de cuero negra con cremallera llena de fajos y fajos de billetes quedó abandonada en plena calle cuando la muchacha ya no tuvo suficientes fuerzas para sujetarla.

El sol brillaba con fuerza cuando Mónica salió del sótano. Con cautela miró al exterior oculta tras las cortinas. El cielo estaba muy azul y una suave brisa agitaba las ramas de los árboles. Sin embargo, no oyó el canto de ningún pájaro. El pueblo parecía estar totalmente en calma. Salió a la calle aún intranquila y contempló el dantesco espectáculo. Cuerpos y cuerpos aparecían desperdigados por todos los sitios. Conocía a la mayoría de esas personas. ¿Y sus padres? ¿Qué habría sido de ellos? Los llamó sabiendo de antemano que no obtendría respuesta. Allí no quedaba nadie que pudiera ayudarla. Las lágrimas corrieron libres por sus mejillas mientras un calor asfixiante empezó a caldear el ambiente. Llegó a la calle principal y se paró junto a un coche que tenía la puerta del conductor abierta. La llave de contacto estaba puesta. Algo de sangre ya seca manchaba los asientos. Subió y puso el motor en marcha. Avanzó unos metros hasta que un cuerpo le obstaculizó el paso. Estaba tirado en medio de la carretera. Era imposible pasar sin aplastarlo y decidió que no iba a hacerlo. No quería hacerlo. Bajó y se acercó al cadáver. Era una mujer y estaba horriblemente destrozada. Sus ojos verdes ahora sin vida la miraban sin ver. La reconoció al instante. Era la nieta de la dueña de medio pueblo. Junto a ella había una bolsa negra. Arrastró el cuerpo hacia el arcén y volvió al coche con la bolsa en la mano. Descubrió que dentro había mucho dinero. Seguramente más de un millón. Pero ¿de qué le servía ahora? No sabía a dónde ir. No sabía qué hacer. Tenía que haber más gente en alguna parte, era imposible que sólo ella hubiera sobrevivido. No estaba segura de lo que había sucedido pero sí sabía que la humanidad se había enfrentado a algo espantoso. Rodó a gran velocidad hasta que llegó a la autopista. Ésta parecía vacía. Trató de sintonizar alguna emisora en la moderna radio digital pero no lo logró. Tenía que haber alguien en algún lugar, otros supervivientes. Se negaba a pensar que aquello fuera el fin del mundo.